T V:

LLENOS Y VACÍOS

SE HA dicho que el rasgo que singulariza mejor al mexicano es su inclinación a inventar los hechos en lugar de descubrirlos y estudiarlos. Tal manía lo hace un expositor caluroso, aun genial, pero expuesto a que lo contradigan los hechos que alguna vez afloran. Tal ha ocurrido con los dos Emilios (A.V. y A.N.), tan orgullosos de su imperio televisionado: no han presentado un estudio de lo que le debe la sociedad mexicana en materia económica y artística.

La deuda, debe imaginarse, es muy estimable, pues nos damos cuenta de que en la televisión se han forjado los técnicos que la manejan fuera de la vista y el oído del público, y una legión de actores y actrices, escritores, directores de escena, decoradores, músicos, cantantes y bailarines. En suma, quizás un millar de personas que han hallado en la televisión medios decorosos de ganarse la vida y de realizar una vocación. Aun cosas pequeñas pero gratas se le deben, como escuchar la buena voz y la dicción perfecta de muchos locutores, y su habilidad para decir algunas oraciones con una gramática impecable. Esto es tanto más encomiable cuanto que aparentemente u representa un esfuerzo que puede uno apreciar viendo a León Michel: desde que se enjabona para afeitarse, comienza a ensayar la frase de ocho palabras con que debe anunciar un den-

tráfico, y el pobrecillo no la ha dominado todavía a la hora del café, es decir, después de unos cuarenta y cinco minutos de martillearlas en una cabeza atolondrada.

PANORAMAS tan rosados como éste tienen siempre su costado oscuro. Desde luego, quizás no sea desacertado suponer que la contribución sobresaliente de la televisión mexicana sea la técnica, es decir, la dé quienes manejan la luz, el sonido, las cámaras, la grabación, etc. Los logros resultan más laudables porque este personal no parece haber trabajado con equipos e instalaciones buenos y modernos.

Menos limpio es el lado artístico. Ninguno de los mejores actores (López Tarso, Amparo Rivelles, Ofelia Guilmain, Rita Macedo, Rambal), se ha formado en la televisión, sino en el teatro y el cine. Sólo los muy jóvenes le deben más a aquélla que a éstos, pero no parece que, al término de carreras necesariamente breves, vayan a quedar de ellos recuerdos muy perdurables. Se nota que han saltado a la televisión sin haberse hecho antes del famoso métier. Este defecto ya de por sí grave, difícilmente pueden corregirlo o compensarlo esos directores "generales" (al parecer ficticios), cuya encarnación sobresaliente es don Ernesto Alonso.

Por sólo esta razón, las telenovelas resultan espectáculos monótonos o inverosímiles, pues no importa cómo se llame el personaje, si es pobre o rico, labriego o emperador, de éste o de otro siglo, ya que lo que realmente se ve en la pantalla es la persona privada del actor, con su voz, con su gesto, con su modo de ser diario y personal. Uno de ellos, de los más cotizados, tiene prendas naturales apreciables: bien parecido y con una voz bronca que, aprovechada a la Greta Garbo, podía ser una señalada ventaja; su dicción, además, es siempre clara. Pero jamás logra representar